

Presencia del Padre Pallais

Salvador Lacayo S.

Para juzgar a un hombre hay dos maneras fundamentales, dos criterios cardinales: la inteligencia y el sentimiento. Para juzgar a un poeta es menester hacer uso de la una y de la otra piedra de toque. Pero en el caso particular mío, para hablar del poeta Azarías U. Pallais, quien hace algunos meses dejó esta vida mortal, sería imposible exigir el ácido corrosivo de la fría razón.

Hay seres que apenas cumplen en el mundo con las leyes de la naturaleza: nacen, crecen, viven y mueren, sin darse cuenta del alto fin que la vida tiene como supremo ideal. Otras, por el contrario, cerebros toda fuerza, espíritus hechos para el trabajo, para el bien y para el arte, ahondan en el surso la semilla del saber y dejan una huella imperecedera y noble en el amplio campo donde se desarrollan en manifestaciones sin fin, la verdad y la ciencia, la poesía y la cultura, la piedad y la filantropía.

El presbítero Azarías H. Pallais, que en la falange de los grandes poetas nicaragüenses aparece solitario y severo como un templo gótico que se edificara en medio de un parque tropical, pertenecía a este último grupo.

Supo de las privaciones de la vida, de los complejos del amor y la esperanza, de los momentos palpitantes del ensueño, de los cielos cargados de tormenta y desengaños; y penetró solo con el escudo de su entusiasmo y de su profunda fe, por el camino de Helicón, hasta llegar a la cumbre del éxito, con los pies sangrantes por los gujarros del sendero pero con la mente limpia y saturada de emoción al impulso de su poesía sensitiva y confortante.

Fué el Padre Pallais un ansioso y un atormentado. Y la obra artística es necesario analizarla en cuanto al hombre y al medio y al tiempo de su creación; pero juzgarla en la armonía de sus líneas. Mejor dicho: una vida ingrata, reflejada con realidad, con grandeza, con fuerza en la palabra, en la piedra o en la tela, realiza la obra de arte de más puros contornos.

Pero, dirá el lector, es mucho a propósito de Azarías H. Pallais, un pobre cura que anduvo errante y desorientado, huyendo de sí mismo, huyéndole a su destino convulso y doliente, envuelto en la bruma caliginosa de una vida que lo envenenaba y hostigaba, una vida mezquina, vulgar, maloliente, tristemente mediocre como una murmuración de comadres de arrabal. Pues este dolor contradictorio supo aquel hombre decirlo con una claridad y una realidad aterradora, en versos de corte perfecto y clásico en la mayoría de las ocasiones, decorados con imágenes originales, de un estilo personalísimo y suyo. Como perros sarnosos le persiguieron durante toda la vida la ignorancia, la soberbia y la envidia por caminos sin alegría y muchas veces sin pan, y en todo caso, sin seguridad en el medio que le rodeaba; y el poeta contó su desfallecimiento, su impotencia, su dolor, y sobre todo el sabor de ceniza, el gusto de polvo y de telaraña que tanto lo bueno como lo malo, la castidad como la concupiscencia, la gloria como el mundo, le dejaron en el alma herida. Y el poeta se agarró como un naufrago a sus ilusiones y anhelos más remotos, a sus ensueños más puros, a su niñez cristalina y sonriente en su lejano burgo leonés.

A lo largo de toda su obra, por otra parte desapareja en su valor estrictamente literario, vuelve siempre como un dulcísimo estribillo el recuerdo fresco y dorado de los efectos hogareños; sus ojos, su boca, su carne toda se diluye en dulzura delante de la naturaleza y del espectáculo campesino: el sol, los árboles, las lluvias, los caminos, las aves, el mar, los animales familiares.

Hay que leer totalmente su obra para saber a dónde llega el amor por la naturaleza de un catador perfecto, Pero a ese catador de la naturaleza lo persiguen el cansancio, el tedio, la ruindad, la inquietud trágica de la vida sin descanso; es un ungido, un desadaptado que tiene ansias de la vida y la alcanza y la saborea y la arroja, asqueado, con una fuerza y acritud tales, que para mí, no es inferior en muchos casos a Barba-Jacob.

Su prosodia es clásica. No hizo sacrificios a la novelería de la forma literaria estrafalaria, para desazonar al lector inexperto; y la música de su verso sigue las normas de nuestra poesía más antigua, asimiladas, acendradas y reforzadas por un oído exquisito que rompe a su hora el verso y se apoya en el hemistiquio unas veces, o hace juegos con los acentos tradicionales o simplemente para acentuar la emoción, abandona la melodía cantante de su mancuerna de alejandrinos para echarse en los brazos de una prosa sutil, incisiva, burlona.

A poco que se considera su obra, se advierte que reprodujo en versos íntegramente el León de su tiempo, su mundo histórico. Pero no lo reprodujo, claro está, como pudieran hacerlo aquellos historiadores que trabajan en las fábricas modernas de hacer historia en serie; no. Lo reprodujo haciéndolo pasar por el campo fecundo de la imaginación y el ensueño, soñándolo despierto en pura intuición o contemplación adivinatoria, que es el modo como los grandes estetas se apoderan de la entraña real del mundo histórico. Y este sueño o campo imaginativo-magnético por el que hizo pasar la realidad digno habitante del Parnaso, es lo que él mismo llamó su mundo poético. *Dichtum und Wahrheit*. Poesía y Verdad, dijo Goethe, cuando se puso a cerner su vida en el tamiz del recuerdo.

Grabó el Padre Pallais, con caracteres de permanencia, lo efímero: las costumbres, la psicología, la espumilla de lo histórico y las apariciones fugitivas e ingravidas que aún atormentaban al León de 1900, todo, absolutamente todo, pasó ante su mirada penetrante y profundamente burlona; y todo lo captó en toda su verdad y en toda su poesía.

Por ninguna parte del horizonte de su poesía aparece el espíritu de resignación. No mencionó el de caridad, el de fé y esperanza, porque esos sí, a pesar de su eterno calvario y de su humor amargo, los tuvo cual ninguno. Su humor, el humor de sus últimos quince años, es humor tenebroso, casi sin el aletear del pelícano blanco que impulsa su alma hacia arriba; es el humor de quien creyendo un poco en Satanás, no ha perdido ni un ápice de sus arraigadas y profundas nociones de Dios. Me explicaré: En los momentos más amargos de su vida, en medio de trances espantosos, crece en grandeza espiritual, en serenidad; y la luz de sus últimos años es como una Escala de Jacob que levanta el alma a términos de emoción profundísima e inefable.

Tuvo la intuición de la Verdad. Tuvo la intuición de la Justicia. Tuvo la intuición del Bien. Y acercándose a la fuente de lo eterno femenino, tuvo también la intuición de la Belleza. Pero el Mal, la Injusticia, lo Feo y lo Monstruoso, es decir las fuerzas y atributos de Lucifer, le envolvieron, le aprisionaron. Se sintió, como el Dante, en medio de una selva oscura, rodeado de espectros demoníacos. De la lectura de algunos de sus poemas —Poemas Negros— pudiera deducirse, quizá con escaso margen de error, que el Padre Pallais era un convencido del gran poder de las fuerzas mefistofélicas en la vida. Y esas fuerzas, a las que se se trata de dar nueva corporeidad, concretándolas en símbolos vivientes más o menos vagos y poéticos, son las que Azarías H. Pallais vió proliferar y agigantarse vertiginosamente en torno suyo, en su mundo externo, en su mundo histórico, y no menos en su mundo anímico, en su mundo poético.

Antes de que madurara o floreciera del todo su alegría, sonó para él la hora del dolor; y vino además la incomprensión. ¿Qué más necesitaba este exquisito artista para convenir tácitamente en númen suyo la creencia en el Mal como fuerza eficaz en los destinos del mundo? Claro está que se burlaba del Mal —el Padre Pallais se burlaba hasta de su propia sombra—, pero... ¿estamos seguros de que, bajo la capa de la burla, no hubiera una creencia firme, sugerida por los espectáculos tremendos que contemplaron sus ojos... y que nosotros también hemos podido contemplar? Yo creo que sí. Los años no debilitarán mi convicción en este sentido; antes bien, la afirmarán y confirmarán. Inició el Padre Pallais su poesía satírica en "LOS CAMINOS", y bajo una envoltura burlesca, de esas que mueven a risa, siguió vertiendo el pesimismo y la desolación que le producía el espectáculo humano. La Verdad toma fuerzas tragi-cómicas, y la soberbia del hombre formas grotescas.

Recorre a los animales como término de comparación con lo humano; comienza a fabular con ellos, pero de un modo bastante oscuro, cuando no desentrañable; y aparece también allí, ya lo hemos dicho, como gran sacerdote del culto a la Misanropía, la madre Suplicio, que junto con sus rosarios y oraciones lleva en su falquitrera terrible caja de Pandora.

Azarías H. Pallais manejando con destreza las medias tintas psicológicas, hace de la soberbia un personaje híbrido, entre bestia y persona, sobre el cual carga la mano con todos los caracteres de la impotencia y de la odiosidad moral. La sacerdotisa del diablo adquiere en sus imágenes aquella fuerza de expresión venenosa y mortífera que revisten los vicios en las imágenes medioevales.

Son seres humanos que, se van deformando como el hidrónico, en virtud de un impulso espiritual de la más baja ralea. Sus deformaciones pudieran corresponder a las registradas por la patología humana; pero la verdad es que corresponden a la patología del alma, y son, en definitiva, símbolos vivientes de las más bajas aberraciones morales.

El Padre Pallais no fue un malabarista del verso que trató de deslumbrar con una factura extravagante, o suplir sus deficiencias, su falta de musicalidad interior o su falta de ímpetu poético, sino un cuidadoso artífice que trabajó casi siempre su materia plástica con una virtud exquisita.

Pero la forma externa es la mejor de sus virtudes. La principal está en la sinceridad desesperada de su pesimismo, en el desgarrador acento de su nostalgia de lo más remoto, de lo más lejano, de lo inasible, y la náusea irremediable de toda la monstruosidad humana. Para dar la impresión incesante, de dolor incesante, de la monotonía, de la angustia, es muy suyo el ritornelo de una palabra, de una frase, que vuelve como una obsesión.

Muy conocido es su "CIERVO", poema que además de ser una anotación psicológica de una realidad increíble, resume el espanto de lo inexorable y de lo fatal. Un amargor de incompreensión pone en él su aliento de incontenible melancolía. Es la melancolía en los ojos de su pobre humilde personaje, es la angustia de ese eterno "hijo de la fuga" que de "huidas en huidas" por caminos sin meta ni norte, no sabe a dónde va ni de dónde viene. Es la angustia —irremediable, fatal angustia!— de las salas de espectáculos provincianas en la nocturna soledad invernal. Es el recuerdo de la infancia con los cuentos de Príncipes, de la Juventud siempre próxima como en Goethe. Es la emoción fraterna, la entereza, la devoción conmovedora por los hijos de Dios...

Cada palabra escrita por su mano, está nutrida de su propia angustia creadora. Palpita y alienta al unísono con el corazón angustiado del poeta.

¡Dolor, Dolor siempre!

Ardió en el deseo de captar la armonía luminosa del mundo y se quemó en las llamas vívidas del desprecio y de la humillación. El torbellino de las pasiones humanas lo pisoteó. Y es que el espíritu del pobre Padre Pallais, destinado al sufrimiento y al desconsuelo, fué un espíritu, una sensibilidad que aspiró a la grandeza del hombre yendo por el camino de la humildad hacia Dios, sin advertir que todo propósito noble, o como decía Petrarca, **passa e non dura**.

Un poema merecedor de mención, es su "SOR EULOGIA", en el que las palabras muestran el alma inconforme del poeta con una sutileza ex-

traordinaria. En este poema el Padre Pallais se retrató a sí mismo. Nadie podría decir, al leerlo, al verlo, que el alma humilde, plácida y noble de Sor Eulogia, era la del hombre que, como el Dante, vivía en un infierno. Que esto es cierto, que el Padre Pallais vivió en el infierno, tiene prueba documental toda su obra, como puede apreciarlo cualquiera. Pudiera sospecharse que al irse de este Infierno, nuestro poeta llevara su alma surcada por las profundas arrugas que producen en el rostro humano la miseria, el dolor, la desolación y los años. Pero no: al menos así lo manifiesta en su obra. El espíritu de Azarías está revestido en ella de frescura juvenil, de amor universal, de perdón a sus verdugos, y nadie puede suponer que esa alma pura es la de un setentón que sufrió todas las humillaciones imaginables y que dedicó su preciosa vida a llevar el consuelo al necesitado.

¡Ah!.. Pero... ¿este hombre fue un insensible!.. pudiera creerse. No, por cierto. Fué un hombre de una sensibilidad exquisita. Sí... , se podría acaso replicar... tal vez de una sensibilidad estética exquisita... pero... ¿humana?... Sí, amigo lector, de una sensibilidad exquisita, estética y humana, vale decir, moral. Fue un supercivilizado en un medio loco, mezquino y bárbaro. Fué un alma llena de piedad y ternura, con un don de simpatía generosa de la mejor estirpe cristiana hacia el que sufre dolor y tiene hambre y sed de justicia. "Sor Eulogia" revela al hombre que ha alcanzado la grandeza por la vía del dolor; que a fuerza de sufrir se ha hecho fuerte y puro, y que lo resiste todo a la manera cristiana, renegando con justicia, a veces, y otras, con una especie de nihilismo ardiente, que deriva hacia un humor profundo e imperturbable.

La humildad, la serenidad de Sor Eulogia, es como ciertos momentos de la naturaleza, de una calma profunda, que inquieta, porque tras ella siempre suele venir el estrépito y furia desgredada de la tormenta. Tenemos, pues, que este "retrato" del Padre Pallais, representa la estampa de un espíritu cáustico, a quien parece sacudir y desquiciar el genio de la inconformidad; esto sería cierto si, a la vez, en la expresión de su "rostro" no advirtiéramos los impulsos y rastros de la facultad divina del ensueño y ese fondo de humildad nobilísima que hemos mencionado. Por eso, si fuera menester un signo ideográfico, un símbolo de espíritu del Padre Pallais, que lo comprendiera, lo resumiera y expresar totalmente, yo recurriría a este jugoso y bello poema.

El fúnebre ritornelo de la desesperación y de la desilusión persigue durante su vida a este desdichado, con la persistencia implacable con que perseguía el sino irremediable las grandes familias fatales de la tragedia antigua. Vida intensa y atormentada, entregada con heroísmo, con entocismo conmovedor, al sacrificio doloroso. Lo mismo en su "iglesita" cuando predica las palabras de Cristo en medio de gentes humildes y sencillas, que cuando con sus pupilas absortas escribe en el fondo de la sacristía sobre las albas cuartillas el secreto de su estremecida palpación vital.

Amor. Tormento. Ansia de Infinito.

Nadie, entre nosotros, como Azarías H. Pallais, más cercano a la comprensión de los humildes, de los pobres de espíritu, de los desprovistos de fortuna. La intención de su obra tiene mucho de evangélica, pero evangé-

lica en el sentido que la palabra alcanzó hace dos mil años. Y su obra, la obra armoniosa y orquestal, la obra luminosa, deslumbrante, que tiene el fulgor tembloroso del alba y la apasionada reverberación meridiana, está cantando a esos seres humildes, a esos campesinos, a esos desheredados, a los legos, a las mujeres dobladas sobre la gleba...

Y ahí, entre ese desvivir de su poesía y lo temas tan sencillos y humanos, se mueve la maravillosa, la extraña, la paradójal aventura que es la vida y la obra de Azarías H. Pallais.

Nace en la ciudad, va a la civilización y regresa al campo. Ama a las gentes, opacas, de existencia gris, les da su dinero y su consuelo, y los "pinta" con palabras tan sencillas, pero opulentas y ricas que no hay ejemplo igual en la literatura de Centro América. Ama apasionadamente a la naturaleza, a la verdad, las ama golosamente, y, sin embargo, se calla, se sacrifica...

He ahí las paradojas que explican el oculto sentido, el sentido dramático, cargado de hondo patetismo y agonía, de la obra del poeta.

Pero quien bien piense y mire, hallará en ese profundo estoicismo entereza y virilidad, "espíritu tirteico", porque no se le conoce al Padre Pallais el menor atisbo de claudicación sentimentalmente doliente, y, aun en sus depreciaciones, su ánimo no flaquea, ni piensa que debe flaquear el del hombre en ninguna situación de dolor, antes al contrario, levanta con originalidad, fuerza y rebeldía su coraje a términos desusados. Y ya que hablamos de rebeldía, hemos de decir que Azarías H. Pallais es el más rebelde de los escritores nicaragüenses. Sus obras "A LA SOMBRA DEL AGUA" y "BELLO TONO MENOR", cruzadas de poesía y de angustia, de desesperanza cósmica y de patético realismo humano, son, a nuestro sentir, lo más profundo de la producción del Padre Pallais, superiores a otras que la crítica pedante juzga filosóficas. No debe olvidarse que "la profundidad tanto puede ser de raíz como de rama que bucea en el cielo".

